



Alfonsina Storni (1892-1938)

Resumen

El texto explora la vinculación de Alfonsina Storni con el mar. Ese mar al que se entregará para ser otra, para ser él, la engullirá implacable sin tomar en cuenta el elogio que le prodigara ni permitir que ella sea otra fuera del dolor de la enfermedad que la agobiaba. Porque los seres humanos solemos adjudicarle virtudes, y hasta defectos, a las cosas que nos rodean. Pero el mar no es lo majestuoso externo, solamente, es una interioridad ingeniosa que puede aflorar en cualquier instante. La poeta, las mujeres, son de agua. Líquidas en su grácil sinuosidad. Al entregar su cuerpo al mar en su último acto de vida termina integrando su interioridad a ese envolvente líquido y la totalidad se consuma en un acto poético. El agua, más propiamente el mar que será su lugar de entrega final, participa del amor y de la muerte. Esa aventura culminante o como fin de una relación de amor.

Abstract

The paper explores the linkage of Alfonsina Storni with the sea. That sea to whom she is devoted to be someone different, to be him, he will scarf her down regardless the praise lavished, nor allowing her to be another different from the oppressing pain from her disease. Because humans usually attribute virtues, and even faults to the things around us. But the sea is not an external majestic only; it's a nifty interior that may become active at any time. The poet, women, both are water. Liquid on their graceful sinuosity. In giving her body into the sea in her last act of her inner life, she ends integrating herself to the fluid that surround and is consummated on a poetic act. Water, more properly the sea, to be her last place, shares the love and death. That adventure climax or end of a love relationship.

Palabras clave / Key words: Alfonsina Storni, escritoras latinoamericanas, mar y literatura / Alfonsina Storni, Latin American writers, sea and literature.

Nicolás Alberto Amoroso Boelcke*

Mi cuerpo quería echar raíces
raíces verdes en la carne del mar.

[n el Congreso Argentino, en noviembre de 1938, el senador socialista Alfredo Palacios, quien a los 24 años, en 1904, fuera el primer diputado socialista de América, el único de esa corriente política representada en la Cámara, pidió una moción de orden para que el Organismo honrara a Alfonsina Storni. Lo hizo en el marco de otros dos escritores que, como ella, se habían suicidado. Marcaba así la contradicción entre una Argentina próspera y la de estos batos que abandonaban la vida en lugar de cantarla. Uno, Leopoldo Lugones, quien fuese su amigo, puso fin a su vida con la ingesta de cianuro y whisky el 18 de febrero de 1938 a la edad de 63 años, en una isla del Tigre, “ese intricado y verde archipiélago que se alarga al noroeste de la ciudad de Buenos Aires”.¹ El propio Borges dice de su admirado antecedente: “Se había jactado siempre de ser el marido más fiel de Buenos Aires. La conciencia de una infidelidad lo llevó, dicen, a la decisión del suicidio. Esta causa no pudo haber sido la única. Nunca una causa es única”.² El otro, amigo de ella, el uruguayo Horacio Quiroga, lo hizo un año antes, el 19 de febrero de 1937, bebió un vaso de cianuro a la edad de 58 años en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires, al enterarse que padecía

* Departamento de Medio Ambiente, UAM Azcapotzalco.

¹ Jorge Luis Borges, prólogo y selección, *Leopoldo Lugones, antología poética*, Madrid, Alianza editorial, 1982, p. 8.

² *Ibid.*, p. 9.

cáncer de próstata, a quien Alfonsina le haría un poema,³ tal vez premonitorio de su propio fin:

Morir como tú, Horacio, en tus cabales,
y así como en tus cuentos, no está mal;
un rayo a tiempo y se acabó la feria...
Allá dirán.

Más pudre el miedo, Horacio, que la muerte
que a las espaldas va.
Bebiste bien, que luego sonreías...
Allá dirán.

Un poco más de un año antes del voluntario deceso de Quiroga, el 20 de mayo de 1935, operaron a Alfonsina de un cáncer de mama. Tres años después, en 1938, no soportando el dolor que le producía el cáncer recrudecido, extendido, se suicida en Mar del Plata, internándose en el agua desde la playa La Perla. Unos días antes escribió el poema de despedida, “Voy a dormir”, y lo mandó al diario *La Nación*, donde regularmente colaboraba en el suplemento cultural de los domingos, era el 20 de octubre. Lo publicaron al día siguiente de su muerte, ocurrida el 25 de ese mismo mes, junto con su nota necrológica. Se suicidó arrojándose en la escollera del Club Argentino de Mujeres aunque otras versiones, románticas, dicen que se internó lentamente en el mar. Abrupta o melodiosamente, el mar la acogió sin un reproche y fue su mortaja de agua.

Dientes de flores, cofia de rocío,
manos de hierbas, tú, nodriza fina,
tenme prestas las sábanas terrosas
y el edredón de musgos escardados.

Voy a dormir, nodriza mía, acuéstame.
Ponme una lámpara a la cabecera;
una constelación; la que te guste;
todas son buenas; bájala un poquito.

³ Tomado de: <http://www.taringa.net/posts/arte/8146731/Voy-a-dormir-Ultimo-poema-de-Alfonsina-Storni.html>. [Consulta: 26 de julio de 2013.]

Déjame sola: oyes romper los brotes...
te acuna un pie celeste desde arriba
y un pájaro te traza unos compases

para que olvides... Gracias. Ah, un encargo:
si él llama nuevamente por teléfono
le dices que no insista, que he salido.

En un poema que le dedicara años antes, “Frente al mar”, le habla con respeto por su bravura y quiere ser parte de él, intención que también aparecerá en otras obras.

Mar, yo soñaba ser como tú eres,
allá en las tardes que la vida mía,
bajo las horas cálidas se abría...
Ah, yo soñaba ser como tú eres.⁴

Mírame aquí, pequeña, miserable,
todo dolor me vence, todo sueño;
mar, dame, dame el inefable empeño
de tornarme soberbia, inalcanzable.

El mar, ese mar al que se entregará para ser otra, para ser él, la engullirá implacable sin tomar en cuenta el elogio que le prodigara ni permitir que ella sea otra fuera del dolor de la enfermedad que la agobiaba. Porque los seres humanos solemos adjudicarle virtudes, y hasta defectos, a las cosas que nos rodean, recordemos que Borges le da al mar la noción del infinito. En tanto, otro escritor argentino, José Pablo Feinmann, se lo adjudica a la extensa llanura de los pastizales vacunos: “...la geografía infinita de la pampa argentina”. Ese paisaje que a un hombre de las sierras lo dejará con la boca abierta. Lorca dirá: “lo más melancólico del mundo es la pampa. Lo más traspasado de silencio”.⁵

Pero no me preguntes, no me preguntes nada
de por qué lloré tanto la noche pasada;

⁴ José Pablo Feinmann, *La sombra de Heidegger*, Buenos Aires, Planeta, 2008, p. 142.

⁵ Marcelle Auclair, *Vida y muerte de García Lorca*, México, Era, 1975, p. 278.

las mujeres lloramos sin saber, porque sí.
Es esto de los llantos paisaje baladí.

Bien se ve que tenemos adentro un mar oculto,
un mar un poco torpe, ligeramente oculto,
que se asoma a los ojos con bastante frecuencia
y hasta lo manejamos con una dúctil ciencia.

No preguntes amado, lo debes sospechar:
en la noche pasada no estaba quieto el mar.
Nada más. Tempestades que las trae y las lleva
un viento que nos marca cada vez costa nueva.

Entonces el mar no es lo majestuoso externo, solamente. Es una interioridad ingeniosa que puede aflorar en cualquier instante. La poeta, las mujeres, son de agua. Líquidas en su grácil sinuosidad. Al entregar su cuerpo al mar en su último acto de vida termina integrando su interioridad a ese envolvente líquido y la totalidad se consume en un acto poético. Es ese “edredón de musgos escardados”, que termina absorbiéndola para un siempre en un continuo apetecido desde antes que tomase la decisión de internarse entre las olas de “un mar un poco torpe” por ese ahora interminable. Así escribe su poema “Dolor”:

Quisiera esta tarde divina de octubre
pasear por la orilla lejana del mar;
que la arena de oro, y las aguas verdes,
y los cielos puros me vieran pasar.

Ser alta, soberbia, perfecta, quisiera,
como una romana, para concordar
con las grandes olas, y las rocas muertas
y las anchas playas que ciñen el mar.

Con el paso lento, y los ojos fríos
y la boca muda, dejarme llevar;
ver cómo se rompen las olas azules
contra los granitos y no parpadear;
ver cómo las aves rapaces se comen
los peces pequeños y no despertar;
pensar que pudieran las frágiles barcas

hundirse en las aguas y no suspirar;
ver que se adelanta, la garganta al aire,
el hombre más bello, no desear amar...

Perder la mirada, distraídamente,
perderla y que nunca la vuelva a encontrar:
y, figura erguida, entre el cielo y la playa,
sentirme el olvido perenne del mar.

A comienzos de ese fatal 1938, que en octubre termina agotando su existencia, escribe un poema desde la hermosa ciudad de Colonia, en Uruguay. La ciudad es emblemática para los argentinos tanto por su belleza como por estar a la orilla del mismo anchuroso río que tanto separa como une a esos dos países que algún día fueron uno antes de que la venturosa Inglaterra acudiera para separarlos en beneficio de sus intereses comerciales. Años después de los hechos aquí narrados significaría una fuente de información, desde la radio, sobre los acontecimientos argentinos, particularmente durante la sangrienta dictadura militar que trituro al país a partir de 1976 y, naturalmente, amordazaba a la prensa. El poema de Alfonsina titulado “Barrancas del Plata en Colonia”, dice, nos habla en sus primeros versos:

Redobles verdes de tambor los sapos,
y altos los candelabros mortecinos
de los cardos me escoltan,
con el agua que un sol esmerilado carga al hombro.

El agua, otra vez el agua que la escolta junto con los acuáticos sapos. Narra la génesis del poema en una lectura que hizo posterior a esa escritura: “Corrí a mi alojamiento buscando un lápiz, el viento me llevó el sombrero, cuando subí a la terraza, adonde daba mi habitación, cielo y río eran un desborde dorado”.

Y el cielo rompe diques de morados
que inundan agua y tierra; y sobrenada
la arboladura negra de los pinos.

El manuscrito está realizado con una letra redonda y clara, vestigios de su formación y ejercicio de maestra de escuela primaria. Nuevamente el agua que inunda permitiendo que las copas de los pinos

emerjan en un juego de metáforas, ya que la *arboladura* es un término marítimo para indicar el velamen que viene de arboleda y aquí regresa a su vida primera. El texto integra “Mascarilla y trébol”. El agua, más propiamente el mar que será su lugar de entrega final, participa del amor y de la muerte. Esa aventura culminante o como fin de una relación de amor, mas no de deseo. Esas entidades aparecen separadas, articuladas por el silencio y al repetirlas su sonido lo produce “silencio, silencio”. Tal se escucha en los poemas con el mismo título: “Oye”.

Yo seré a tu lado,
silencio, silencio,
perfume, perfume,
no sabré pensar,
no tendré palabras,
no tendré deseos,
sólo sabré amar.

Cuando el agua caiga monótona y triste
buscaré tu pecho para acurrucar
este peso enorme que llevo en el alma
y no sé explicar.

Te pediré entonces tu lástima, amado,
para que mis ojos se den a llorar silenciosamente,
como el agua cae sobre la ciudad.

Y una noche triste, cuando no me quieras,
secaré los ojos y me iré a bogar
por los mares negros que tiene la muerte,
para nunca más.

El mar cuya espacialidad es infinita, es también de una intemporalidad inconmensurable. Los dos elementos componen el sentido de lo eterno, una situación sin dimensiones, el sitio de la nada, un contrasentido que expresa el sentido. El otro es “Oye: yo era como un mar dormido...”:

Oye: yo era como un mar dormido.
Me despertaste y la tempestad ha estallado.
Sacudo mis olas, hundo mis buques,

subo al cielo y castigo a las estrellas,
me avergüenzo y escondo entre mis pliegues,
enloquezco y mato mis peces.
No me mires con miedo. Tú lo has querido.

El sentido líquido femenino se expresa en esta obra con una arrasadora fuerza erótica. Las cosas no son en el mar, ni siquiera para el mar, son del mar, le pertenecen al punto de agitarse y engullirlos en su frenesí que ese alguien ha despertado en la poeta como un aguacero incontenible, pleno. El mar, que todo lo puede y que la llevará como otra de sus tantas pertenencias, aquí es ella y en ella se disuelve hasta alcanzar a las estrellas y castigarlas, aquel “sol esmerilado”. El sol es un componente singular de su poesía y aparecerá en diálogo con el mar. Aún en los sueños de amores queridos, que parecen cobrar forma desde su palabra, estará presente el agua.

Ahora quiero amar algo lejano...
Algún hombre divino
Que sea como un ave por lo dulce
[...]
Desbordan los arroyos de sus cauces
Y las aguas se filtran en la tierra
Así como mis ojos en los ojos
Que estoy soñando embelesada...

Esa presencia del agua que en este poema vuelve a tener una connotación de júbilo erótico, podría atribuirse a que ella nació allende los mares. Su filiación aparece en la Suiza italiana registrada como el 29 de mayo de 1982. Ella le canta a ese sitio primero:

Montañas la ciñen
y valles la enfloran
y lagos retratan
en cielo de añil.

El agua y el cielo, dos caras de lo mismo juegan en su obra con una presencia marítima que finalmente será el sitio de su cuerpo, tal lo dice en “Yo en el fondo del mar”. Y por ello aparece como posible esa preocupación central por la distancia oceánica que la separa de su momento de nacimiento, ya que llega a San Juan en Argentina cuando tenía cuatro años de edad. Pero el punto es que nace sobre el

mar, en la embarcación en la que viajaban a Europa sus padres y sus dos hermanos. Es decir, que llega al mundo en el agua, lo cual significa que no es de ningún territorio, más allá de la bandera del buque. Ese nacimiento tan singular la colocará en una disposición por encima de las fronteras que los hombres han construido y que, entre otras cosas, les permite pelear. En un testimonio de su único hijo, Alejandro Alfonso Storni, se lee: “¿Dónde nació la escritora? ¿En la Argentina? ¿En Suiza? ¿En el mar? Según la familia Del Mónico, vieja amistad de los Storni. Enraizada en la Suiza italiana, ella nació en el mar. Atilio Caronno, otro amigo recientemente desaparecido, así siempre lo afirmó. Pero lo positivo es que su nacimiento ocurrido el 29 de mayo de 1892, fue registrado en Salla Capriasca, pequeña aldea del cantón Ticino”.⁶ Fue en el agua y ella regresó: “Yo en el fondo del mar”.

En el fondo del mar
hay una casa de cristal

A una avenida
de madreporas
da.

Un gran pez de oro,
a las cinco,
me viene a saludar.

Me trae
un rojo ramo
de flores de coral.

Duermo en una cama
un poco más azul
que el mar.

Un pulpo
me hace guiños
a través del cristal.
En el bosque verde

⁶Fredo Arias de la Canal, prólogo y análisis arquetípico, *El protoidioma en la poesía de Alfonsina Storni*, México, Frente de afirmación hispanista, 2001, p. XII.

que me circunda
—din don... din dan—
se balancean y cantan
las sirenas
de nácar verdemar.

Y sobre mi cabeza
arden, en el crepúsculo,
las erizadas puntas del mar.

Esa obsesión que comportaba para ella termina ironizando a la luz del título de este otro poema “Una vez más en el mar”.⁷ Es protagonista absoluto de la obra cumpliendo un hecho esencial en la continuidad del mundo. Espalda, pie, cabeza de una culebra sinuosa como el propio comportamiento que se atribuye y la imposibilidad de herirlo porque engulle.

Piel azul que recubres las espaldas del mundo,
y atas pies con cabeza de la endiablada esfera,
huidiza y multiforme culebra mudadera,
puñal alguno puede clavársete profundo.

Esponja borradora tu fofa carne helada,
la proa que te corta no logra abrir el paso,
ni a hierro marca el pozo, cuando horada tu vaso,
el redondel de fuego de la estrella incendiada.

A tu influjo terrible, mi más terrible vida
llovió sobre tus brazos su lluvia estremecida,
te lloró en pleno rostro sus lágrimas y quejas.

Si te quemó las olas no abrió huella el torrente:
fofa carne esmeralda, te alisaste la frente,
destrenzaste al olvido tus azules guedejas.

Es frío, por ello necesita del sol para transformarse mientras absorbe el cielo. Es esponja y carne y puede colorar la propia de la dicente. Tal lo expresa en “Círculos sin centro”,⁸ porque es una totalidad

⁷ *Ibíd.*, (*Mundo de siete pozos*), p. 121.

⁸ *Ibíd.*, (*Mundo de siete pozos*), p. 33.

que gira sin girar. Sus habitantes braman como los de otros suelos, en una figura intensamente dramática, siente el aullido de los peces, forma perentoria de la angustia mientras su cuerpo ya quiere pertenecer a ese mar, echar raíces y la voluntad de vida se niega a someter su espíritu al final.

Esponjas del cielo
carne verde del mar
[...]
mi corazón se volvía
verde como la carne del mar.

Le decía a mi cuerpo: ¡renace!
A mi corazón: ¡No quieras parar!
Mi cuerpo quería echar raíces
raíces verdes en la carne del mar.
[...]
Círculos circulaban arriba
y subían desde el fondo del mar
peces levantaban las testas
y se ponían a aullar.

La carne del mar también aparece en “Trópico”⁹ lo mismo que el juego entre lo frío y lo cálido.

Cálida morada, viva,
la carne fría del mar.

Trópico que maduras los frutos
maduraste el agua con sal,
con terciopelo
ataste las olas
[...]
Envuelta en él
como una llama
que se desplaza
sobre el mar,
tallo erguido
en la tarde,

⁹ *Ibíd.*, (*Mundo de siete pozos*), p. 35.

arder
chisporrotear...

Es ahora fuego, intensidad y artificio que se consume y restalla mientras se desliza en la superficie que la respeta, no la sumerge todavía, no ha llegado el momento. También la carne puede encontrar otros sitios que no escapan del agua en otro de sus estados. Así, escribe en “Amo una carne muerta”.¹⁰

Amo una carne muerta, transparente y de hielo
Acuñada en un molde de lentas líneas graves.
Para amarla con una mansedumbre de cielo
me ha crecido en el pecho, el plumón de las aves.
[...]
vira el ojo en su cuenca como en agua las naves.

El cuerpo, su cuerpo, el cuerpo femenino se transforma para adquirir otros usos cubriéndose de plumas, porque el amor todo lo puede y “con un llamado largo” encontrar la respuesta “de los huecos sepulcros”. Pero es el cuerpo, su cuerpo, el cuerpo femenino, el que puede generar vida, pero no sólo la de la continuidad de la especie, sino el propio universo vegetal, mineral. En otro “Trópico”¹¹ muy distinto de aquel “que maduras los frutos”, éste los seca con su calor implacable, para que la diosa, la mujer engendradora pueda crearlo. Sin decirlo, cuestiona la idea de un Dios que lo hiciera, porque en definitiva no es más que un hombre y la fuente de la vida está en las féminas.

Lápida blanca
el cielo quemante
cae sobre la tierra
reseca.
[...]
Detenidas en sus cauces
acuñan
las aguas
su opaca superficie.
[...]

¹⁰ *Ibíd.*, (*Poesías inéditas*), p. 42.

¹¹ *Ibíd.*, (*Poesías inéditas*), p. 43.

Arrastrada
por el infierno blanco
mi planta ovárica,
restituida, va a echar ya
raíces de selvas,
no de hombres.
Y de mi pecho
no el sumo lácteo
ha de brotar:
la piedra aguda
de las montañas.

Da vida, provee de la existencia, como ella misma decidió en un gesto heroico a la edad de 19 años, tener al que sería su único hijo, ser madre soltera. Dicho desde este presente donde muchas mujeres han transitado ese camino no parece muy significativo, pero ella lo asumió hace más de un siglo en 1912. Por ello su mensaje es de tal fuerza, tal convicción por ser una luchadora que tuvo que enfrentar una vida de sinsabores. Empezó a trabajar a los 12 años como mesera y luego obrera en una fábrica de gorras. Lo hizo para ayudar a su familia que atravesaba por una crisis económica. Pero ello no la apartó de los estudios y se recibió como maestra rural, para comenzar a trabajar en la docencia primaria. El padre del niño era un hombre casado al que no le importó su suerte y Alfonsina migró desde Rosario, en aquel tiempo la segunda ciudad del país, a la que todavía hoy sigue siendo la primera: Buenos Aires.

Allí escribe para el diario *La Nación* una columna de consejos para la mujer escudándose en un nombre chino, que habría conocido a tantas mujeres que tiene la autoridad para hablarles sobre su condición. Se hace llamar Tao-Lao. Curiosamente: “El océano es comparable con el Tao, lo primordial e inextinguible, *lo que informa la creación sin que se agote*. (Chuang Tzu)”¹²

Hay una configuración de la existencia que cada quien va construyendo. Puede experimentar ciertos cambios en el transcurso pero su núcleo se torna inalterable condicionando la vida y es lo que la gente nombra como destino. En cierto sentido los humanos lo vamos prefigurando y es lo que veo que está en la base de Alfonsina, ese acercamiento permanente, constante hacia el agua. Es decir, algo que simula estar escrito en el fondo de la historia personal,

¹² J. C. Cooper, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Gustavo Gili, 2000, p. 132.

pero que en realidad obedece al determinismo de su conformación original, tanto por los rasgos genéticos como por su formación infantil, y de ello no se escapa. En la ficción que es toda vida en la medida que se escribe, se habla sobre ella, ésta tiene un cierre que estaba contenido en el inicio. Es lamentable que hubiese tenido que terminar su vida de esa manera, pero por cierta declaración del hijo, le quedaban tres meses de cada vez más sufrimiento y prefirió “un rayo a tiempo y se acabó la feria... / Más pudre el miedo, Horacio, que la muerte/ que a las espaldas va”.

En un momento hace un recuento de su trayectoria y se ubica en el contexto para nombrar a su “querido enemigo”, extrapolando el título de una película de Ettore Scola:

Por mucho que reniegue de mi primer modo, sobrecargado de mieles románticas, debo reconocer, sin embargo, que traía aparejada la posición crítica, hecho universalmente difundido, de una mujer del siglo XX, frente a las tenazas todavía dulces y a la vez enfriadas, del patriarcado.¹³

Como todos, participa de los vaivenes de la vida. Ese pendular entre la razón y el sentimiento que llevó a la humanidad a dejarse arrastrar a cambios radicales de criterio en una oscilación pendular que los lleva al extremo opuesto, no todo en ella es desazón, ni melancolía. Esos cambios que marcan el arribo de nuevas generaciones en la historia, lo que los padres construyeron, los hijos lo detestan (palabra muy cercana a destetar) por el simple hecho de conformarse afianzándose en sus propias creencias. El propio ser oscila entre su núcleo y la periferia, de tal suerte que va construyendo lo que es y lo que niega. Alfonsina presenta una obra que desde el título ya nos convoca a la afirmación y la alegría: “Vida”. Aunque ciertos puntos recuerden que la plenitud lleva jirones de tristeza.

Mis nervios están locos, en las venas
la sangre hierve, líquido de fuego
salta a mis labios donde finge luego
la alegría de todas las verbenas.

¹³ A. Storni, *apud* Juan Carlos Ghiano, *Poesía argentina del siglo XX*, Argentina, FCE, 1957, p. 62.

Tengo deseos de reír. Las penas,
que de domar a voluntad no alego,
hoy conmigo no juegan y yo juego
con la tristeza azul de que están llenas.

El mundo late. Toda su armonía
la siento tan vibrante que hago mía
cuanto escancio en su trova de hechicera.

¡Es que abrí la ventana hace un momento
y en las alas finísimas del viento
me ha traído su sol la Primavera!